



I. Revelaciones

Kimberlee cuestionó sus motivos para ir a otro seminario sobre relaciones. Ciertamente no fue la oportunidad de estar con Melissa en este ambiente particular. Irónicamente, su mejor amiga se quejaba de su propio marido mientras buscaba uno mejor para Kimberlee.

Fue la esperanza la que la sacó de su apartamento, a pesar de un largo y estresante día de trabajo. Esperaba aprender algo nuevo; esperaba encontrar la clave de su sueño; Esperaba que de alguna manera la relación de pareja equilibrada que la estaba eludiendo, se le acercara. Aunque se sentía pesimista, fue la esperanza lo que la hizo probar una vez más.

Fue la esperanza también, la que la hizo casarse con Mathew. La esperanza de que después de su boda, él continuaría siendo el compañero afectuoso y atractivo que fue durante su noviazgo. Cuando Mathew permaneció tan distante como se había vuelto desde el compromiso, a pesar del anillo en su dedo, lo achacó a sus propios defectos. Se dispuso a hacer que Mathew la amara más, que la quisiera más, perfeccionándose a sí misma. Perdió peso, aprendió a cocinar las mismas comidas que su madre, e incluso trepó montañas en el crudo invierno. Pero nada funcionó.

Después de cuatro años de intentos, concluyó que carecía del "gen Grace Kelly". Esta era la única forma en que Kimberlee podía justificar por qué su marido nunca la perseguía con regalos. Especialmente los que más anhelaba: regalos de palabras, tiempo y contacto.

De Nuevo, fue la esperanza la que le hizo dejar a Mathew. Prefirió correr el riesgo de estar sola por el resto de su vida, y tener la oportunidad de una unión que ella creía posible. Sí, quería hijos y una familia. Pero necesitaba apoyo y atención, risa y pasión. Quería amor y afecto, y no podía vivir sin interés y respeto.

No era la esperanza lo que la llevó a Brett. Eso fue pura química y carisma. Y por un tiempo, funcionó. Estaba atento, romántico y fascinado por sus pensamientos e ideas. Durante unos tres meses. Entonces él también cambió.

Cuando todo terminó, se dio cuenta de que todos los hombres con los que estuvo involucrada en algún momento, fueron maravillosos, al principio. ¿Por qué siempre sucedía esto? No ocurría cuando finalmente se acostaba con ellos, había probado esa teoría. Cambiaron cuando me atraparon y la

persecución había terminado. Fue cuando me rendía emocionalmente. Fue entonces cuando dejaron de dar lo mejor de sí y comenzó el comportamiento decepcionante.

Esto significaba que necesitaba una nueva estrategia: no ser atrapada; demostrar que no le importaban. Proteger su independencia a toda costa. Esa parecía ser la única forma de hacer que los hombres la trataran bien, durante más de unas pocas semanas o meses.

Era lo suficientemente inteligente cómo para ver el conflicto. A pesar de que su relación más duradera con un macho era con su gato atigrado, Lancelot, en realidad quería ser atrapada. Quería ser adorada y adorar, admirada y provocar devoción. Sí, incluso a los treinta y un años, su imagen de mujer exitosa y liberada, todavía esperaba "y vivieron felices para siempre".

Kimberlee comprobó su apariencia en el espejo, arregló su cabello corto y oscuro, y agregó un brillo de labios de color rosa pálido. Dejo a Lancelot encerrado y se subió a su sedán BMW. En un semáforo, revisó rápidamente sus mensajes. El mensaje de Melissa subrayó su conflicto: "Kimmee, tengo el hombre más adorable para presentarte. Te hablaré sobre él esta noche. Con resignación, se preguntó a sí misma: "¿Será adorable dentro de tres meses?"



Kimberlee intentó mantener su atención en el presentador, un hombre de pelo plateado de unos cincuenta años. Tristemente, nada nuevo o innovador salía de su boca. Solo un poco más del discurso habitual sobre la importancia de la comunicación y la confianza.

Pensó: ¿Pero qué pasa si los hombres no se comunican? ¿Y si ya han demostrado que no se puede confiar en ellos?

De repente, Melissa levantó su mano enérgicamente exigiendo la atención del presentador. Aparentemente, su pequeña y decidida compañera también se había cansado de la retórica habitual. Melissa se puso de pie cuando el orador la llamó y, con la mano en la cadera y los hombros hacia atrás, desafió: "Lo que no entiendo, es por qué los hombres son geniales al principio, ya sabes, flores, regalos, y mucha atención, pero después de un tiempo se convierten en adictos al trabajo semanal. Y durante el fin de semana, no son más que fanáticos del fútbol, comer pizza y beber cerveza tumbados en el sofá. ¿Porqué ocurre esto?"

Kimberlee estaba acostumbrada a la hostilidad de Melissa hacia su marido. Venía de demasiadas noches solitarias cuidando a sus tres hijos mientras Scott trabajaba hasta tarde en la carrera profesional que amaba. Pero su discurso contundente y su enojo crudo produjo una sacudida a través de la habitación. Muchas mujeres se inclinaron hacia delante con interés, para ver mejor a Melissa y escuchar la respuesta del orador. La mayoría de los hombres cruzaron las piernas, presumiblemente protegiendo su hombría del comentario cortante de su amiga. Kimberlee se sorprendió de que el orador pareciera divertido por el comentario.

A medida que el presentador se acercaba lentamente, evaluó deliberadamente la cara bonita y la figura atlética de Melissa. Luego sonrió y dijo: "Oh, ya veo. Tu eres una cría-ranas".

"¿Una qué?" preguntó Melissa.

"¡Una cría-ranas!"

Estrechando sus ojos sospechosamente, Melissa exigió: "¿Y qué es exactamente una cria-ranas?"

"Bueno", respondió el presentador con una sonrisa torcida, "algunas mujeres convierten ranas en príncipes, pero para ello se necesita ser una Reina, no una princesa o una musaraña. Igual que la mayoría de las mujeres, tú, querida, ¡conviertes a los príncipes en ranas!"

El suspiro de Melissa se hizo eco en la audiencia. La amiga de Kimberlee se sentó de repente, asombrada. El maduro orador, extendió las manos, con las palmas hacia arriba, y se encogió de hombros como para decir que era una pena, pero, por desgracia, nada que él pudiera arreglar. A medida que pasaba por el lateral, Melisa le sacó la lengua.

Resonó por la habitación Un gruñido de mujeres igualmente insatisfechas con la respuesta. Pero Kimberlee estaba completamente intrigada. Se imaginó de pie en el porche de una gran granja con un campo de ranas extendidas ante ella. Cada rana tenía una pequeña cabeza humana con una cara que reconoció de su pasado. Kevin y Mathew la miraron desde la primera fila.

¡Guauu! Pensó, ¡soy una cria-ranas!

Se dio cuenta de que cada hombre que había conocido comenzó con cierto sabor de Príncipe Azul. Y cada hombre terminó igual: distante, defensivo y poco comunicativo. Ella había asumido que el aspecto de príncipe era para mostrarse, y la rana era su verdadera naturaleza que se iba revelando. ¿Y si realmente son príncipes? ¿Y si algo que hice los cambió?.

Lejos de necesitar esquivar la culpa, Kimberlee se sintió aliviada al pensar que ella podría ser la causa de cómo la trataban los hombres. Si ella estaba sacando lo peor de los hombres, probablemente podría detenerse. Ya había tratado de cambiar a los hombres; tenía que ser más fácil cambiarse a una misma.

Se preguntó: Pero ¿Cómo estoy sacando lo peor de los hombres? ¿Y cómo una mujer logra sacar lo mejor? ¿Cuál es el secreto? Una imagen de reina inundó su mente. Magnética, segura de si misma, abundante, alguien a quien imaginaba con el control de su castillo y su reino. Un pensamiento rondaba su mente: ¿Podría convertirme en reina? ¿Qué clase de mujer es esa, en el mundo real?

Fascinada por sus propios pensamientos, no escuchó nada más durante el resto del evento. Mientras esperaban en el aparcamiento, Melissa despotricó sobre el comentario de la criá-ranas. "Cada mujer en esa habitación sabía de lo que estaba hablando", insistió. "Fue totalmente injusto por su parte, culparme por la forma egoísta e infantil con que actúan los hombres".

Como no quería perturbar el delicado y expectante estado de su revelación, Kimberlee se encogió de hombros sin hacer ningún comentario. Afortunadamente, el coche de Melissa llegó, e intercambiaron un abrazo rápido de despedida.

Mientras conducía hacia su casa, Kimberlee pensó acerca de como ser una cria-ranas. Cuanto más consideraba la probabilidad, más segura estaba de que ella era de hecho una gran criadora de ranas. Y todas sus amigas también. Ya en casa, acurrucada con Lancelot, se durmió pensando si se podría aprender a convertir ranas en príncipes. ¿O has tenido que nacer de la realeza?



El trabajo de Kimberlee durante el martes fue agitado, como de costumbre. Manejar un departamento grande, con miles de millones de dólares de seguros en juego, la mantuvo muy atareada. No fue hasta que hizo una parada para almorzar, cuando pudo pensar en la noche anterior. Hojeando las páginas de rupturas dramáticas de la revista People, recordó su visión de filas y filas de ranas. Caramba, pensó, la cria de ranas es la norma, incluso entre los bellos, ricos y famosos.

Entonces, ¿dónde podría encontrar a una de esas mujeres que sacaban lo mejor de los hombres?

Apareció la cara de su abuela y recordó haberse alojado en la casa de sus abuelos en Pasadena después de una reunión de trabajo. Los había encontrado sentados en un banco nuevo, en el jardín de su patio, con las manos agarradas. La escena aún era muy vívida: la sonrisa satisfecha en el rostro de su abuela y la calidez en los ojos de su abuelo. Kimberlee tuvo la sensación de que había interrumpido algo íntimo. Si, Burt miraba a su esposa con un afecto tan evidente, después de más de cincuenta años de matrimonio, estaba dispuesta a apostar que su abuela no era una criadora. ¿Eso la convirtió en reina?

Recordó la cena de Acción de Gracias con sus abuelos y sus nuevos amigos de cuarenta y tantos años, Karen y Mike. Kimberlee sentía curiosidad por la forma en que se comportaron las parejas y en ese momento pensó que serían recién casados. Se sorprendió al descubrir que habían estado juntos durante casi veinte años. Todavía estaban notablemente enamorados y había visto a Mike mirar tiernamente a su esposa. ¿Coincidencia? Quizás Karen tampoco era cria-ranas. ¿Tal vez por eso su abuela se había hecho amiga de ella? En ese momento, Kimberlee deseó que ella y Karen fueran amigas. Preguntar a la maestra con aspecto exótico y naturaleza gentil sobre los hombres, sería mucho menos intimidante que acercarse a su abuela. El simple hecho de imaginarse hablando con su abuela sobre hombres y romance hizo que Kimberlee se sintiera mareada.

OH, Dios mio! Y si el tema del sexo llega a surgir? Pensó, con el pánico habitual que le provocaba ese tema. Si conociera mejor a Karen y pudiera evitara su abuela por completo...Desalentada, decidió buscar a otra persona que le mostrara cómo sacar lo mejor de los hombres.



Raul enrolló cuidadosamente un chicle y se lo metió en la boca. Quería un cigarrillo, pero se conformó con el sabor a canela. Después de dos años todavía era un pésimo sustituto.

Provocó a su amigo, "Entonces, Jack, ¿cómo te va con las damas últimamente?"

Estaban sentados en la oficina de Raul observando casualmente el bullicio de la actividad de los 12 procesadores a través de la gran ventana de vidrio. Jack gruñó. "Si no me están tocando la cuenta bancaria, me están tocando las pelotas", respondió con su característica franqueza, y su profunda voz resonante.

"Ah, no puede ser tan malo", reprendió Raúl.

"No tienes ni idea, amigo. Tienes suerte de haberte casado joven. Las mujeres en estos días esperan demasiado de los hombres".

“¿A que te refieres?”

Jack lo miró desde debajo de las pobladas cejas oscuras.

"Quieren que tenga la iniciativa en todo y que sea el proveedor de todo, como un hombre. Eso está bien. Pero esperan que escuche con simpatía y compasión", imitó en falsete. "Y no es suficiente estar dispuesto a soportar ir de compras con ellas y llevar el dinero en efectivo." "Es que tengo que querer ir de compras".

Jack sacudió su peluda cabeza.

"Parece que no pueden decidirse. O bien, no saben que es ridículo esperar que un hombre sea su novio y su mejor amiga".

"¿Eso es tan horrible?", preguntó Raúl. "Quiero decir, la mayoría de las mujeres son más independientes en estos días. Eso debe tener un beneficio, ¿no?". Agregó, "Me encanta tener a mi esposa en casa con nuestros hijos, pero a veces desearía que ella necesitara un poco menos de mí".

Negando con la cabeza otra vez, Jack gruñó: "Tienes suerte de que Sally te necesite. Las mujeres profesionales no necesitan un hombre para nada. Y se aseguran de que siempre lo sepas. No importa lo que haga, insisten en demostrarme que pueden hacerlo mejor. Una incluso me dijo: "Puedo vencer a cualquier hombre". "¡Como si eso fuera algo bueno!".

Mordió su palillo. "¿Has tratado de impresionar a una mujer exitosa últimamente? Además de tener que adivinar lo que quieren, si les das algo que ellas mismas puedan conseguir, no obtienes ningún mérito. Y con el dinero que las mujeres están ganando ahora incluso yo podría ir a la quiebra tratando de hacer algo que crean que es especial".

"¿Por qué te molestas?" Preguntó Raúl.

Jack suspiró. "Ya sabes la respuesta. El éxito no es tan satisfactorio sin una compañera para compartirlo".

Raul asintió con la cabeza; él ya lo sabía.

Un momento después, Kimberlee pasó andando por el pasillo de los procesadores y Raul notó que los ojos de Jack seguían a la voluptuosa mujer vestida de traje al otro lado de la habitación. "¿Qué hay de Kimberlee?" Preguntó Raúl. "Ella es increíblemente inteligente. Y bonita, tu ya le tienes el ojo echado".

"¿Bonita? Que dices, es preciosa, pero más fría que un martini con hielo".

Su aversión no impidió que Jack se inclinara hacia adelante para captar la última visión de ella. "Aunque es una lástima", añadió con nostalgia. "Podría pasar toda una vida admirando esas curvas".



Kimberlee finalmente admitió el viernes por la noche que no podía pensar en una sola mujer que definitivamente no fuera una granjera de ranas. Excepto su abuela.

Pensó en la anciana que había sido una parte tan importante de su infancia. Había tenido una relación muy cercana con la madre de su madre, pero esa intimidad no había sobrevivido a la adolescencia. Sus interacciones adultas consistieron en visitas esporádicas y alegres en las que Kimberlee evitó cualquier tema de importancia emocional. Si bien a veces quería romper esta barrera, temía que inevitablemente le exigiría revelar la parte más vergonzosa

de su vida. No estaba dispuesta a exponerse de esa manera, incluso si eso podría ayudarla a recuperar una relación alguna vez preciosa.

Acariciando a Lancelot, se dio cuenta de que también dudaba de porque estaba asombrada de su abuela. La había visto de pie sobre una pila de estiércol, sonriendo, con la horca en la mano, mientras se las arreglaba para parecer adorablemente femenina, he infundir absoluto respeto. Le recordó a una antigua reina, la mítica Madre Tierra y un diablillo travieso todo en uno. ¿Cómo lo logró cualquier mujer, y menos una de casi ochenta años?

Sin embargo, la vision de la granja no se le iba de la mente. Si acaso, creció más vívida y atrayente. Y el como esta vision terrenal que tenia de su abuela podia coexistir con la posibilidad de ser una reina, la perseguía. Finalmente, llamó a su abuela y sutilmente consiguió una invitación para un almuerzo tardío el domingo.



MELISSA balanceó a Sarah sobre su cadera, pasó por encima de un tractor de juguete, y logró responder el teléfono antes de que saltara el contestador. "¿Hola?" Dijo ella.

"Fingiendo que todo está bien otra vez, ¿eh?", Bromeó Kimberlee.

"Bueno, Kimmee", respondió con una risita, "incluso si no puedo engañarte, por suerte Scott nunca sabrá cuanto caos reina por aquí". "Ya has visto lo asustado que se siente ante cualquier señal de que las cosas están fuera de control".

"Me quito el sombrero ante ti, Mel. Por mucho que me queje de mis procesadores, no es ni por asomo el desafío de criar tres niños".

Melissa se sintió gratificada por la admiración de su amiga profesional. Puso a Sarah en su corralito, equilibró el teléfono entre el hombro y la oreja, y se recogió el pelo castaño rojizo en una coleta. "Cuando te decidas a parir algunos ratoncillos por ti misma, Estaré encantada de darte algunos consejos para criar a tres niños pequeños y a uno grande".

Referirse a su marido como si fuera un crío, por lo general, le provocaba una carcajada a Kimberlee. Esta vez no fue así y Melissa no pudo imaginar porqué. Después de un momento incómodo, Kimberlee preguntó: "Hablando de hombres: ¿quién es este Sr. Adorable de quien se te olvidó hablarme?"

Con la excepción del silencio incomodo, esta era su rutina habitual. Compañeras de clase en la escuela secundaria, eran las mejores y más viejas amigas. A los doce años compartieron fantasías de casarse con chicos llamados Gregory y Harlan y cada una de ellas tendría dos hijos perfectos. A los quince años, agregaron carreras exitosas y glamorosas a sus listas, además de cambiar el mundo.

A veces bromeaban que entre ellas dos, tenían la vida que habían imaginado: Melissa tenía el marido y los hijos ideales, y Kimberlee tenía éxito en la no tan glamurosa carrera de negocio de venta de seguros. Aún no estaban seguras de quién iba a cambiar el mundo ni cómo. Pero aún podían soñar juntas y contar con la amistad como clave para la base de sus vidas.

Melissa consideraba su deber encontrar a Kimberlee un nuevo marido y, a menudo, la arreglaba citas con los colegas de Scott. "Señor Adorable es un

chico nuevo en la oficina de Scott. Vino a cenar la semana pasada y le chequeé. Es mono y soltero, ascendiendo en su carrera de contable, y quiere conocerte. Le dije que te invitaría al picnic de la compañía el domingo. ¿Qué dices? ¿Vendrás?"

Cuando Kimberlee declino la oferta, la curiosidad de Melissa se despertó. Finalmente, Kimberlee admitió que había quedado para almorzar con su abuela, con la esperanza de descubrir como dejar de ser una cría-ranas.

"¿Estás segura de que el modo granjera de ranas se aplica a ti?", Preguntó Melissa. "¿No estas asumiendo lo que realmente es culpa de los hombres? No importa lo que dijo ese imbécil, los hombres cambian, y no para mejor. Ambas lo sabemos muy bien. ¿Recuerdas lo frío que Mathew se volvió solo meses después de que te casaras con él? ¡Venga! Yo quería matarlo".

Cuando se dio cuenta de que Kimberlee no respondió, agregó: "¿Y tienes que hacer esto el domingo? ¿No preferirías conocer al Señor Adorable?"

Kimberlee comenzó a hurgar su cutícula y explicó su impaciencia. "Ya he preparado nuestro almuerzo y no quiero decepcionarla. Además, mi abuela es la única mujer que conozco que definitivamente no es una granjera de ranas; Tengo que ver si ella sabe algo sobre como ser una reina que el resto de nosotras no. Ella no está rejuveneciendo. Y, francamente, no quiero perder otra semana de mi vida viviendo en la oscuridad".

Estó dolío. ¿que piensa que estoy haciendo que me tiene tan ciega?: Mi esposo no está en casa lo suficiente como para ser criado como una rana o un príncipe.

Sintiéndose herida y a la defensiva, le deseó buena suerte a Kimberlee y usó el lloriqueo de su hija Sarah para terminar rápidamente la conversación y colgar el teléfono. Mientras arreglaba el salón familiar, Melissa pensó en lo de ser una cría-ranas. ¿Podría suceder eso realmente? ¿Convertir sin darte cuenta a un buen hombre en una rana?

Sin previo aviso, los recuerdos de los primeros años de Scott y ella le hicieron llorar. Aunque ambos eran estudiantes universitarios golpeados por la pobreza, habían estado muy enamorados. Scott era romántico a pesar de que no podía permitirse nada tan extravagante como las flores o la cena. Aún conservaba una caja llena de poemas que le había escrito, y una colección de muñecos de peluche de 99 centavos, que él metía en su bolso, escondía en un cajón, o dejaba sobre su almohada.

Se casaron dos semanas después de la graduación. Esperaban un período de dicha de recién casados, pero Melissa acabó decepcionada por el poco tiempo que realmente pasaban juntos. Con la semana laboral de Scott de ochenta horas como auditor junior en una gran empresa de contabilidad pública, no tuvieron muchas oportunidades de pasar todo el tiempo que querían juntos. Aún así, crearon momentos románticos, como picnics en el patio trasero a la medianoche. Contaban las estrellas y hacían el amor bajo ellas.

Fue después de que John nació, seguido por Bradley dos años después, cuando la calidad de su relación cambió significativamente. A menudo había pensado que debían ser extremadamente fértiles para haber concebido a Sarah mientras rara vez tenían relaciones sexuales. Ella había perdido la noción de cuántas semanas pasaron sin sexo. Incluso el entrenar para mantener su cuerpo delgado y firme no había marcado una diferencia en su

vida sexual. Tristemente, lo que ahora compartían era sexo esporádico, pero nunca hacían el amor.

Melissa se dijo a sí misma que era lo que le sucedía a todas las parejas maduras. Pero mientras pensaba en el término granjera de ranas de Kimberlee, se preguntó si tendría algo que ver con la falta de iniciativa romántica de Scott. Mierda, iniciativa, pensó ella, excepto en lo que respecta a su trabajo, no podía hacer que hiciera nada en casa; ya fuera en la cocina o en el dormitorio. La diferencia no parecía importar. Había intentado provocar, regañar, criticar, suplicar, incluso llorar... Nada le llegaba y ella siempre acababa sintiéndose herida y aún más enojada y sin esperanza.

A decir verdad, lamentaba cómo se habían vuelto las cosas entre ellos. Scott era el padre de sus hijos y el sostén de la familia, pero por ahora, eso era todo lo que era. Debajo de su amargo resentimiento, a regañadientes reconoció que echaba de menos al hombre con el que se había casado.

Definitivamente había cambiado. Eso era cierto.

Yo No lo cambié, ¿verdad? De repente dudó y su corazón se detuvo. Pero sí, provoqué ese cambio... ¡tal vez podría revertirlo!

Impulsivamente, Melissa descolgó el teléfono y marcó rápidamente el número de Kimberlee. Cuando saltó el contestador, se recompuso, y sabiendo que no engañaría a su amiga, dejó un mensaje intentando sonar casual: "Kimmee, cuéntame qué pasa con tu abuela. Estaré en casa con los niños el lunes por la noche. Estoy segura de que Scott trabajará hasta tarde. Llámame o ven a verme. ¿Vale?"

Aunque lo pensó, no se atrevió a agregar, "Por favor ..."



Kimberlee ensayó la conversación con su abuela mientras conducía desde Santa Mónica hasta las estribaciones De San Gabriel. Parecía imposible pedirle consejos a una mujer de setenta y siete años acerca de los hombres y parecer seriedad y confiada mientras lo hacía. Finalmente, se resignó a decirle que era una granjera de ranas y que no sabía cómo salir de ahí.

Al acercarse a la familiar casa azul grisácea, con sus columnas de piedra y amplio porche, se sintió nerviosa y emocionada. ¡Espero que todo aquello que hace diferente a la Abuela se pueda aprender!



Claudia sabía, por la inquietud, y como picoteaba la comida su nieta, que quería hablar sobre algo importante. Este era un territorio inexplorado para ellas. Claudia mantuvo todo el almuerzo su tono suave y desapegado, desmintiendo el doloroso dolor de sus propias esperanzas y temores.

Después de comer con Burt, en el comedor, las dos llevaron el té y el café a la mesa de caoba tallada en el jardín. Kimberlee no pareció notar que sus flores favoritas estaban en flor, que Burt se había excusado torpemente para irse a su taller... o el detalle de la silla elaboradamente tallada que se había agregado al hermoso juego de las exteriores.

Claudia esperó pacientemente y pronto fue recompensada. Mantuvo la expresión abierta mientras Kimberlee transmitía lentamente la historia de su

reciente descubrimiento. Reprimiendo una sonrisa, silenciosamente deseó que la joven continuara hablando. Con cada palabra, el corazón de Claudia latía más fuerte mientras un futuro soñado durante tiempo se abría ante ella.

Concluyendo su narración, Kimberlee dijo con cautela: "El hombre dijo que las mujeres que convierten a las ranas en príncipes son reinas ... y, aunque estoy segura de que soy una cria-ranas, también estoy bastante segura de que tú no lo eres. "

Después de una pausa, Claudia dijo simplemente: "Tu abuelo ha dicho que soy su reina. Es un hermoso cumplido. También es preciso, ya que sigo el Código de la Reina. Y evito ser una cria-ranas, un término encantador que nunca había escuchado antes, pero que es absolutamente preciso y una trampa terrible ".

Bajando la voz para ocultar la emoción que casi la abrumaba, agregó, "Me alegra que lo hayas notado".

Kimberlee se inclinó ansiosamente, sus ojos se iluminaron. "¿Cuál es el Código de la Reina? Y ¿cómo es que no eres una cria-ranas?"

Claudia eligió sus palabras con cuidado. "Evito ser una cria-ranas entendiendo e inspirando a los hombres. Por ejemplo, entiendo cómo piensan y domino el idioma que hablan. También tengo un punto de vista diferente sobre los hombres que me impide ser lastimada o frustrada por ellos. Todas estas cosas me las enseñaron mi madre y mi abuela ".

Kimberlee estaba aún más emocionada. "¿Pero cómo sabían todo eso?"

Estudió la cara de Kimberlee durante un largo rato: las líneas de preocupación en su frente joven, el borde afilado de su mandíbula, la delgadez de sus labios. La evidencia de la desilusión, el resentimiento y la dureza de su autosuficiencia, contrastaban con la nueva esperanza en sus intensos ojos azules.

"Durante más de quinientos años", dijo Claudia, "las mujeres de nuestra familia han estudiado a hombres. Cada generación ha validado y agregado conocimientos nuevos y lo ha transmitido de madre a hija. Con el tiempo, se desarrollaron los diversos elementos del Código de la Reina ".

Como Claudia esperaba, Kimberlee se sorprendió. "Pero si eso es cierto, ¿cómo es que Myra nunca me enseñó todas esas cosas sobre los hombres?"

Claudia no pudo ocultar su tristeza. "Porque tu madre no sabe el código. Porque tu madre no quería saberlo ".

"¿Pero porque no iba a querer mi madre saber todo esto? La mitad del planeta es masculino ", respondió Kimberlee.

"Como sabes, no tiene mucho trato con ellos, ni con tu padre, ni con el suyo o con su hermano", dijo Claudia, sacudiendo la cabeza.

Kimberlee asintió con la cabeza y Claudia continuó: "Tu madre estaba profundamente enamorada de tu padre. Pero Stewart no estaba listo para ser responsable de un hijo, tu madre se sintió angustiada, abandonada, traicionada y cada vez más furiosa. Y todo esto sucedió cuando las mujeres de su edad ya estaban enojadas con los hombres ".

Cuando Kimberlee frunció el ceño, Claudia continuó. "Los hombres fueron culpados, como lo son hoy, por casi todo lo que las mujeres ya no aceptaban. Los hombres fueron considerados el enemigo. No estaba de moda querer entenderlos. Los hombres estaban equivocados. Y algunas mujeres se propusieron demostrar que no necesitaban hombres en absoluto. Tu madre

era, y es, una de ellas. Dado lo devastada que estaba, lo entiendo. Pero aun así, desearía que me hubiera dejado ayudarla a sanar “.

Claudia esperó, mientras Kimberlee conectaba esta información con la forma en que la madre de la joven se había comportado toda su vida. Aunque le dolía, continuó, observando de cerca la cara de Kimberlee.

"No importaba lo que dijera, tu madre se vio amenazada por la forma en que pienso y me relaciono con los hombres. Ella no quería apoyar a los hombres, escuchándolos de la manera que necesitan ser escuchados. Ella no quería dar a los hombres la energía y la inspiración para actuar, usando las palabras que resuenan para ellos. No podía imaginar que es posible que hombres y mujeres sean poderosos al mismo tiempo. Siempre pensó que tenía que ser una cosa u otra y que perdería cada vez que los hombres tuvieran éxito”.

Claudia concluyó tristemente, "Myra no quería ser una reina. Ella prefiere ser un rey “.

Kimberlee digirió esta última afirmación. Claudia podía decir que ella no lo acababa de entender. Pero su nieta estaba en una misión y no tenía tiempo en este momento para perseguir estas sutilezas. Si todo va bien, se recordó a sí misma, habrá mucho tiempo para todo.

Inclinando la cabeza, Kimberlee preguntó: "¿Cómo es que no enseñaste a mi madre de todos modos?"

Se encogió de hombros. "No funciona de esa manera. No puedes forzar ese tipo de conocimiento sobre nadie. Ni siquiera por su propio bien. Por lo menos, el estudiante debe estar abierto a un nuevo punto de vista sobre los hombres. Y comprometido con una comprensión más profunda tanto de hombres como de mujeres”

Claudia sonrió y sintió que su rostro se iluminaba con el profundo afecto que sentía. Añadió con picardía: "Como arriesgar la terrible torpeza de hablar de romance con una mujer mayor”.

Sonrió cuando la boca de Kimberlee se abrió desmesuradamente.



Burt observó a su esposa y a su nieta desde la ventana de su taller. Estaba emocionado por el fuerte parecido entre esas dos adorables mujeres con los mismos ojos azules brillantes, pómulos altos y profundos hoyuelos. Por su larga familiaridad con las expresiones de Claudia, pudo notar que la conversación iba bien.

Cuando recibió la extraña llamada de Kimberlee, Claudia esperaba que su única nieta finalmente viniera a preguntar por los hombres. Había estado sufriendo durante años, a veces con lágrimas, últimamente con más paciencia y esperanza, para transmitirle a Kimberlee el extraordinario legado de su familia.

Las lecciones exploratorias de Claudia con Karen, la maestra que conoció en su clase de yoga, le dieron a Burt una idea formal del conocimiento esotérico de su mujer. Mientras Claudia le enseñó a Karen lo que ella llamaba las "Etapas del Desarrollo", la información había sido reveladora, incluso para él. Estuvo de acuerdo completamente con su descripción de cómo los hombres evolucionan en un patrón predecible e inevitable. Esto iluminó su vida y la fuente de su experiencia por haber sido amado, apreciado y verdaderamente entendido por su esposa.

Durante más de cincuenta años, se había sentido inspirado a hacer todo lo posible por darle a Claudia lo que necesitaba y por hacerla feliz. Mientras que sus amigos a veces se quejaban de que no podían ganar con sus esposas, había tenido éxito el noventa y nueve por ciento de las veces. Sospechaba que era la forma en que Claudia se comunicaba con él. Lo que era importante para ella siempre fue claro y simple de actuar. Se sintió privilegiado por estar casado con ella y estaba más profundamente enamorado de lo que había creído posible.

Burt decidió que sería un buen momento para obtener los suministros que necesitaba para el proyecto tenía entre manos mientras miraba a Claudia y Kimberlee. Disfrutó con la perspectiva de trabajar con la madera tan familiar y sorprender a Claudia una vez más. En su camino, se detuvo junto a el lugar del jardín donde estaban ellas. "Cariño, voy a hacer un viaje al almacén de madera. ¿Las encantadoras señoritas necesitan algo antes de que me vaya?"

Claudia le sonrió, con sus hermosos ojos brillando y la delicada piel a su alrededor se arrugó de esa manera que adoraba. "No, gracias, mi amor. Tenemos todo lo que necesitamos. Sus ojos mostraban ilusión. "Kimberlee ha venido a preguntar sobre su herencia".

Burt estaba encantado por las dos. "¡Bien por ti!" Dijo, con un afectuoso apretón en el hombro de su nieta. Se alejó, con paso animado, silbando Popeye el Marino Soy.



Kimberlee se quedó sin habla. El comportamiento de sus abuelos la maravilló. Estaba abrumada por la sensación de que habían estado esperando este momento. Pero, ¿Por cuánto tiempo?

Había tropezado con un tesoro cuyo valor solo podía adivinar. La esperanza que surgió de Nuevo cuando se dió cuenta de que era una criatura, se expandió incluso más. A la vez sintió miedo: el tipo de miedo profundo en el estómago que experimenta una persona cuando sabe que el próximo paso cambiaría su vida para siempre.

Apretando las manos con más fuerza, respiró hondo y dejó salir lentamente el aire de sus pulmones. Después de un momento, preguntó: "¿Por dónde empezamos?"



Claudia intentó contener su reacción. "Lo primero sería programar un tiempo específico contigo y con Karen".

"¿Karen? ¿Tu amiga? ¿A la que conocí en Acción de Gracias?"

Claudia asintió, "Sí, esa Karen. Comencé a enseñarle hace muchos meses y está ansiosa por continuar".

El corazón de Claudia dolió en cuanto vislumbró el dolor que inmediatamente apareció en los ojos de Kimberlee. "Deja que me explique"

Kimberlee asintió.

"He estado deseando darte esta información desde que eras una adolescente. Pero el pacto de mi familia me prohibió pasárselo a cualquier niño que no hubiera criado personalmente".

Cuando Kimberlee comenzó a interrumpir, Claudia negó con la cabeza. "Esa es una larga historia para otro momento. Por ahora, entiende que me ha dolido verte sufrir, especialmente a raíz de tu divorcio. Tu abuelo vio cuánto me atormentaba la idea de morir con todo este conocimiento dentro de mí. Él fue quien sugirió desoír la prohibición y buscar a un estudiante lo suficientemente abierto y motivado como para probar un experimento".

Suspiró y sonrió. "Karen apareció, destrozada por los conflictos en su matrimonio y temía desesperadamente que ella y Mike no lo lograrán. Ella estaba muy motivada y sorprendentemente valiente".

Claudia hizo una pausa y la curiosidad de Kimberlee sacó lo mejor de ella: "Después de verlos en Acción de Gracias, es difícil creer que tuvieran conflictos. Parecían tan enamorados. De todas formas, ¿A qué te refieres con valentía?"

"Se necesita coraje para abandonar viejas creencias", respondió Claudia. "Se requiere coraje cuestionar tus propias percepciones. Especialmente cuando nuestra cultura los valida todos los días".

Claudia no se sorprendió cuando Kimberlee no prestó atención a su última apreciación. Es un tema pesado para cualquiera.

"Entonces, ¿nos estarías enseñando a Karen y a mí a la vez?", Preguntó Kimberlee, un poco menos reservada.

Ella asintió. "Enseñé a Karen lo que necesitaba saber para dar un giro a su matrimonio. Pero noté que estaba empezando a sufrir como yo, por ser la única con una comprensión dramáticamente diferente de los hombres. Así que decidí no continuar enseñándole hasta encontrar una compañera para ella. Y tenía a alguien especial en mente ..."

"¡Así que me has estado esperando!" Dijo Kimberlee, saltando en su silla.

El pecho de Claudia se llenó hasta reventar. "Sí, querida. Y estoy tan feliz que podría llorar".



Karen reconoció el número en su identificador de llamadas y levantó el teléfono con inquietud. "Hola Claudia, ¿qué pasa? ¿Estás cancelando la sesión del miércoles por la noche?"

"No exactamente. Más que un cambio".

Karen sonrió ante la energía inesperada que escuchó en la voz de la mujer mayor. "Karen, algo trascendental ha sucedido".

El pulso de Karen se aceleró.

Cada bocado de información que Claudia le había enseñado, había marcado una diferencia en la vida de Karen. Como maestra de escuela primaria, la había hecho más efectiva con los alumnos y el personal masculino. Con su esposo, había curado el resentimiento que había sentido, y había curado el dolor de todos esos años de largas y largas semanas de ausencia de Mike. Lo más importante de todo, Karen finalmente entendió por qué Mike había estado alargando el momento de tener hijos.

Pero había otros problemas en su relación para los que Karen necesitaba la ayuda de Claudia. Algunos problemas eran viejos, como su frustración con Mike porque no ayudaba lo suficiente en la casa. El desafío más reciente fue a consecuencia de sus intentos de quedar embarazada: su vida sexual era un desastre.

Esperar a que apareciera otro estudiante -para compartir la carga como lo expresó Claudia-, no fue fácil. Aunque Claudia escuchaba con extraordinaria compasión cuando se la presionaba, siempre decía: "Sé paciente. A su debido tiempo, tendrás todo lo que necesitas ". No había nada que Karen pudiera hacer, sino cumplir con los requisitos de su mentora para continuar con su educación. Se había consolado con el hecho de que Claudia había esperado medio siglo para transmitir su conocimiento esotérico.

Tratando de no sonar desesperada, Karen se aventuró, ¿"Sí?"

"Finalmente ha sucedido. Lo que hemos estado esperando...deseando...", Claudia se atragantó.

A pesar de su ansiedad, recordó la manera formal en la que Claudia hablaba. Rara vez usaba un lenguaje contraído. Era uno de los modismos del habla que Karen había llegado a amar.

No queriendo meter el dedo en la llaga, Karen preguntó con cautela. "¿Quién es? ¿La conozco?"

Como de costumbre, Claudia supo la intención detrás de sus palabras. Otro rasgo que la unía a Karen, aunque hacía que ocultarle cosas fuera casi imposible. "Gracias por ser considerada, Karen. Pero no hay necesidad. Kimberlee está pidiendo el conocimiento. Kimberlee ha abierto su mente ... y su corazón ".

Karen escuchó la emoción en la voz de Claudia y su corazón se abrió hacia su profesora. "Eso es genial, Claudia, más que genial. Estoy feliz por todos, pero especialmente por ti ".

"Gracias cariño. Gracias por saber cuánto significa esto para mí. Kimberlee está esperando en el jardín la respuesta a: '¿por dónde empezamos?' Dado todo lo que hay que lograr, no creo que una vez a la semana sea suficiente. Te llamo para ver si podemos usar los miércoles por la noche y los sábados por la tarde".

Karen no pudo evitar sonreír, con alivio y anticipación. "Conoces la rutina de los sábados de Mike. Pero incluso si no estuviera ocupado, esto significa tanto para él que no le importará. ¿Cuántas semanas debería planificar? "

Escuchó la determinación en la voz de Claudia cuando respondió: "Podría llevar una década dar todo mi conocimiento. Te enseñaré todo el tiempo que quieras. O, mientras lo tenga".

Karen tragó saliva. La mortalidad de la anciana era un tema que Karen evitaba. Pero tenía mucho que ver con la urgencia y la generosidad de Claudia. Supo como Claudia esperaba pacientemente a que digiriera la importancia de esas palabras. Ella siempre honró la forma en que Karen nunca se había comprometido de manera irreflexiva con nada.

Karen cuadró los hombros y respondió: "Con la excepción de unas vacaciones ocasionales, soy toda tuya, Claudia".



Mike leyó el mensaje de texto con temor: "Llámame tan pronto como puedas querido!" parecía bastante inocuo. Pero durante los últimos meses, generalmente significaba una demanda que le obligaba a entrar en acción. Negó con la cabeza ante su aprieto. Nunca pensó que su deliciosa esposa

pidiendo sexo llegaría a ser un problema. Claro, se recordó a sí mismo, que no es el sexo lo que ella busca. Es esperma.

Pero Karen había estado ovulando la semana pasada, lo que significaba que llamaba por otra razón. Presionó el botón de devolver llamada.

"¡Hola cariño!"

Su tono de voz consiguió animarle instantáneamente. "¿Que ocurre?"

"¡Mis sesiones con Claudia están comenzando de nuevo!"

Joder, pensó. "¿En serio? ¿que ha ocurrido?"

"Es exactamente Como dijiste que sería; Kimberlee ha abierto su corazón".

Mike sonrió. Ahora entendía el entusiasmo en la voz de Karen; pocas cosas significaban tanto para ella que sus lecciones con Claudia. Este era el mismo entusiasmo que había mejorado su vida el año pasado. "Tal vez ella pueda ayudarme con esta obsesión por el embarazo y quitarmela de la cabeza. Si alguien puede hacerlo, es Claudia"

"Eso es genial, amor. Estoy emocionado por ti. Y por nosotros"



Kimberlee siguió el patrón de la madera oscura con sus dedos mientras esperaba ansiosamente a su abuela. El abuelo es un buen escultor, pensó, admirando las rosas que bordeaban la mesa hecha a mano. Repentinamente notó el detalle en la caoba bajo su dedo. No era una Rosa en absoluto. Era una Cara.

Lo miró más de cerca. En un instante, se dio cuenta: Mi abuela sonriendo, y al lado, mi abuela riendo. En unflash, se dio cuenta que de que lo que siempre había supuesto que eran flores, eran al menos veinte imágenes diferentes del mismo rostro amado. Y no solo en la mesa. Los Brazos de las sillas frente y junto a Ella estaban tallados con imágenes de su abuela, más joven y más mayor.

Sólo había 2 sillas iguales, pensó, no recuerdo una tercera. Con curiosidad, estaba a punto de examinar su propia silla cuando se abrieron las puertas francesas. Kimberlee no podía estar segura, pero pensó que había un nuevo ritmo en el andar de la anciana.

Animadamente colgándose en una de estas extraordinarias sillas, este enigma que Kimberlee había conocido –y no conocido- toda su vida, anunció: "Estamos listas. Nos embarcaremos el próximo sábado por la tarde".

